

los Sacerdotes por unos subterráneos, y los hacian hablar á su placer. Así un famoso sacerdote de Saturno llamado Tirano, engañó á muchas mugeres ilustres. Por el órgano del Dios que gobernaba él á su arbitrio, mandaba á la primera que encendia su concupiscencia que se quedase sola en el templo, donde se la encerraba á vista del público, y Tirano desaparecia despues de haber entregado las llaves. Mas se entraba en el ídolo por el subterráneo desconocido; y luego al favor de la obscuridad y de la voz del dios que se apropiaba, hallaba medio de saciar su apetito. Despues que corrompió de esta suerte á muchas seducidas, una menos fácil ó menos inclinada á serlo, reconoció en el ídolo la voz de Tirano, huyó horrorizada y descubrió el fraude á su marido. El corruptor fue puesto en el tormento, lo confesó todo, y la religion pagana cubierta de oprobio cayó en el mayor descrédito. Sorprendidos é indignados los idólatras se convertian á millares, y para edificarlos escribió el Emperador á Teofilo que distribuyese á los pobres todo el oro y plata de los ídolos derribados, y mostrase de este modo que el desinterés no menos que la pureza es uno de los caractéres de nuestra Religion.

95. Siguióse á esto una ley, vedando á todos no solo el sacrificar á los ídolos, sino tambien el frecuentar los templos que hubiese, y tributar homenaje alguno á los falsos dioses. Se publicó otra contra los apóstatas que profanasen su bautismo pasando al paganismo; se les declaraba infames, privados

de toda dignidad, é incapaces de dar ó recibir aunque fuese por testamento. Con mas severidad eran tratados que la gente del pueblo los que tenían empleo, principiando la idolatría en algunas partes á ser para ellos una especie de infamia. Gloriábanse sobre todo del nombre de Cristianos los mas ilustres del Imperio, los Paulos, los Gracos, los Anicios y los Marcelos. El Prefecto Simaco se habia visto obligado á desistir de sus pertinaces intentos para restaurar el famoso templo de la victoria. Un gran número de Senadores declaró desde su primera tentativa que no concurririan mas al Senado si se restituyesen aquellas prácticas idolátricas. Habiéndose atrevido el Prefecto á insistir, y presentándose al frente de una diputacion, Teodosio que estaba á la sazón en Italia le arrojó ignominiosamente de su presencia, y le hizo poner en un carro para conducirle hasta cien millas de Roma. Tan grandes egemplos restituyeron al jóven Valentiniano al camino recto. Borráronse pronto de su alma despues de la muerte de su madre Justina, las malas impresiones que habia recibido, y no obstante su corta edad mostró que sabia vencerse á sí mismo. Noticioso de que se le acusaba de gustar demasiado de los juegos del circo y de los combates de animales, suspendió enteramente aquellos, é hizo matar á un tiempo todas las fieras (1). Habiéndose presentado en la corte una actriz célebre, cuya hermosura infatuaba á todes los señores jóvenes, la despidió sin querer verla una sola vez en público ni en par-

(1) *Ambr. de obit. Valentin. n. 15. et 16.*



particular. Aun no se habia casado á pesar de las perversas inducciones de la licencia irreligiosa de su educacion y el fuego de su edad. Nadie hubiera creído en vida de Justina que vendria á ser de este modo el consuelo de la Religion y las delicias del Imperio; pero mucho menos se pensaba que pronto causaria á todos los mas amargos y mas justos sentimientos.

96. No podia ya desde algun tiempo antes soportar el yugo del Conde Arbogaste, gran capitán, franco de nacion, y de una audacia y arrogancia escensivas, escitadas sobre todo por la gran parte que habia tenido en la derrota de Máximo y por su predominio sobre todos los gefes de los egércitos. Continuamente escribia el jóven Emperador á Teodosio, pidiéndole que fuese á librarle otra vez; mas este día deseado no habia de llegar. El desgraciado Príncipe no tuvo siquiera el consuelo de ver á San Ambrosio, á quien miraba como á su padre, y por cuya mano anhelaba recibir el bautismo. Desde Viena en las Galias donde estaba, le envió un oficial de su cámara para estrecharle á que viniese en diligencia, y no tuvo un momento de reposo despues de la partida de este fiel comisionado. A los tres dias de haber marchado para Milán, ya el jóven Emperador preguntaba si habia vuelto. En este mismo día hallándose solo, para divertirse ó mas bien entregarse á sus pesares, despues de comer á la orilla del Ródano en el recinto de su palacio, le hizo ahogar Arbogaste por algunos de sus guardias que le colgaron despues con un pañuelo para que se creyese que él mismo se habia

muerto. Así acabó este Príncipe, del mejor natural y de las mas grandes esperanzas, el sábado 15 de Mayo, vispera de Pentecostes, del año 392. Veinte años contaba á la sazón y habia reinado diez y siete.

Sobre su muerte no se hizo pesquisa alguna; pero nadie creyó que este virtuoso Emperador se suicidase. Arbogaste siguiendo su plan infame le hizo grandes exequias, y envió su cuerpo á Milán. Quedó San Ambrosio, que iba á los Alpes, en extremo afligido por este suceso que él temia demasiado, pero esperaba evitarle. La Religion fue la única que le pudo consolar; porque le afirmaron que el Príncipe la vispera de su muerte impaciente de ver llegar á su santo Pastor y recibir el bautismo, repetia continuamente estas palabras: *¿no veré yo á mi padre? ¿Tendré la desgracia, ó padre mio, de no volver á veros? No, Señor*, exclamó el santo Arzobispo al oír esta noticia que le hizo llorar, *no, no rehusareis á un Príncipe segun vuestro corazon la gracia que tan vivamente deseó*. En un magnífico túmulo de pórfido al lado de su hermano Graciano puso sus amados y tristes despojos, é hizo su oracion fúnebre, que sus sollozos interrumpieron muchas veces, y en la que se consoló con la firme esperanza que tenia de la salvacion de una alma que habia salido de este mundo en tan buen estado. *Dadme los santos misterios*, dijo al fin de su discurso, *y hagamos llenos de esperanza y fervor nuestras oblaciones por un muerto tan amado* (1).

(1) *Ambr. Epist. 53. n. 56.*



por los dos hermanos Graciano y Valentiniano. Deramaba lágrimas todo el auditorio; y el piadoso orador tanto mas enternecido exclamó: „todos lloran, todos gimen, los bárbaros y los romanos, los que jamás le vieron, y los mismos que temen se les atribuya á delito su virtuosa sensibilidad. Tan general como irresistible es la desolacion, sus propios adversarios no pueden menos de tributar este homenaje á su memoria.” Por aquí se echa de ver que nadie creía las ficciones detestables de Arbogaste ó de su partido.

Otras dos hermanas que permanecieron vírgenes dejaba Valentiniano además de la Emperatriz Galla, con quien Teodosio se habia desposado de segundas nupcias. La Hlaga que hizo en su corazon la muerte trágica de un tan digno hermano nunca se cerró; y sobre todo nunca pudieron olvidar estas últimas palabras que profirió al espirar: *¡ah mis pobres hermanas!* Despues de pasar dos meses llorando dia y noche sobre su túmulo, dejaron un mundo que no tenia para ellas cosa alguna alegre, y se consagraron enteramente al Señor.

97. El asesino de un Soberano tan llorado no osó entretanto ocupar su lugar; porque hubiera confirmado las sospechas demasiado fundadas, y hubiera espuesto sus propios dias á un riesgo inminente; pero hizo un Emperador que solo tenia el nombre, y le dejaba á él toda la autoridad. Eugenio, que no llevaba mas decoracion al trono que el estraño realce de profesor de bellas letras, y por mérito un poco de elocuencia, fue el fantasma á quien puso la corona.

Quando recibió una embajada de este nuevo Soberano, que pretendia tratar con él de igual á igual como con su compañero, ya sabia Teodosio la revolucion de Occidente. Reunidos todos estos motivos llevaban la indignacion del Emperador á su colmo; mas noticioso de que los rebeldes tenian escelentes tropas, creyó necesario disimular, y contestó con buenas palabras, y aun despidió á los Embajadores con presentes; pero luego que partieron se dispuso seriamente para la guerra. No podia tener confianza alguna en unos traidores, y sentia vivamente el deshonor de dejar impune la muerte de su cuñado. Su piedad contó principalmente entre los preparativos de esta expedicion con lo que podia hacerle propicio el cielo, y redobló los egercicios de Religion, la humillacion de la idolatría y heregía, la exaltacion de la Iglesia, y toda clase de buenas obras. Procuró atraer á su corte á San Juan de Egipto, á quien tan felizmente habia interesado en el éxito de la guerra contra Máximo; mas el santo anacoreta amaba mucho su soledad, y contestó que sin necesidad de su presencia el Dios de las batallas tomaria la defensa del vengador de la virtud: que Teodosio triunfaria segunda vez de la tiranía; pero que se derramaria mucha mas sangre que en la primera rebelion: que el Emperador veria morir al tirano; y que poco despues de su victoria moriria él propio dejando un Imperio á su hijo segundo, sin tomar nada sobre el Oriente destinado para el primero.

98. No desalentó á Teodosio la proximidad de su



anunciada muerte: y se precavió declarando Augusto á su hijo Honorio, como lo habia efectuado con Arcadio. Ordenóles su permanencia en Constantinopla, y que aguardasen allí el fin de la guerra. Cualquiera otro Príncipe hubiera juzgado precisos nuevos tributos en aquellas circunstancias; mas él abolió los que el Prefecto del Pretorio habia impuesto dos años antes, y aun devolvió todos los bienes confiscados á los ciudadanos proscritos, y en su defecto á sus parientes (1). Dió órdenes muy prudentes á los diversos gefes de la milicia, á fin de reprimir la licencia de los soldados, y estorbar las violencias en las provincias por donde habia de pasar el ejército: en fin no puso en olvido cosa alguna de cuantas podian conseguirle las bendiciones del Dios que es árbitro del valor y de la fortuna (2). Resplandecieron tanto en Teodosio la paciencia misma y la humildad cristiana (que la política juzga tan poco convenientes á un Soberano), que perdonó y llevó con indulgente ánimo á los osados murmuradores que se habian insolentado contra su persona y contra su gobierno. „Si obran así de ligeros, decia, es necesario mirarlos con desprecio; si por un loco arrebató, son dignos de compasion, y aun cuando sea por espíritu de malignidad, un Príncipe que está obligado como los demás Cristianos á perdonar, obra mil veces mejor si antepone á la justicia la clemencia. Por eso nuestra voluntad es, que se nos remitan íntegras estas causas, para juzgar si convendrá emplear el rigor ó la indulgencia.”

(1) *Phil. lib. 2. cap. 23.* (2) *Cod. Theod. lib. 7.*

De muy distinta manera se preparaba Eugenio para la guerra. Profesaba á la verdad el cristianismo: mas Arbogaste era pagano como los demás gefes de su partido; y así en Roma corrió la sangre de las víctimas en honor de los dioses, y se procuraron encontrar felices presagios en sus entrañas y en los demás objetos del augurio: por cuya razon Flaviano que en su alto empleo de Prefecto del Pretorio no se avergonzaba de pasar plaza de inteligente en esta falsa ciencia, y que con tanto celo se habia pronunciado por el usurpador, le hizo las mas brillantes promesas. Y como los rebeldes se hubiesen apoderado del paso de los Alpes-Julios, por donde era preciso llegar de Iliria, alzaron allí ídolos á Júpiter; y el de Hércules ornaba el principal estandarte de la faccion. Reedificaron el famoso altar de la victoria, tantas veces acometido y defendido como el asilo de la idolatría romana, y al que habia prohibido espresamente restablecer el último Emperador; y restituyéronse sus rentas á los templos gentílicos.

Quando supo esta escandalosa nueva el santo Arzobispo de Milán, no pudo menos de escribir á Eugenio, y usó de aquella firmeza prudente, que tributando homenaje á la grandeza es incapáz de adularla aun con riesgo de la propia vida. La carta no fue mal recibida, pero no produjo efecto alguno, porque pretestando Eugenio las obligaciones que debia á Arbogaste y á Flaviano, procuró paliarse. Mas así que se acercó á Milán, salió de aquella ciudad el Arzobispo, dirigiéndose á Bolonia con pretesto de una



traslacion de los santos Mártires Vital y Agrícola, á á la cual estaba convidado. Concurrió efectivamente á la traslacion, y llevó alguna parte de las reliquias, esto es, de los clavos y de la cruz en que los santos Mártires habian estado clavados: porque en quanto á los cuerpos santos no estaba aun en uso el dividirlos y aun rara vez aconteció el trasladarlos, como consta por una ley del año 386, en la que prohíbe Teodosio trasladar un cuerpo humano de un lugar á otro, y vender ó comprar un cuerpo de un Mártir, permitiendo sin embargo hacer el edificio que se quiera para honrar su sepultura. De Bolonia pasó San Ambrosio á Florencia, donde colocó las reliquias de San Vital bajo el altar de una Iglesia, cuya dedicacion celebró, y fue llamada la Basílica Ambrosiana.

99. Hospedóse en Florencia en casa de un ciudadano ilustre por su clase y religion, llamado Decencio, cuyo hijo Pansofio, que aun era niño, estaba atormentado por el maligno espíritu. El santo Obispo le curó orando, é imponiéndole las manos: pero el niño murió pocos dias despues, permitiendo el Señor esta prueba para dar lugar con el aumento de fe, á un beneficio mas maravilloso. Llevó la madre que tenia una gran piedad, el cuerpo de su hijo al cuarto que ocupaba el Santo, y le recostó sobre su cama mientras él estaba ausente. A su regreso penetrado de la fe de la madre, se sintió inspirado de recompensarla, y estendiéndose como Eliséo sobre el muerto, le volvió del mismo modo el calor y la vi-

da: despues le presentó á su madre (1). Mas adelante escribió un pequeño libro dirigido á este niño para que en la edad viril entrase en los sentimientos oportunos á un hombre que habia llegado á ella milagrosamente. Cuando volvió San Ambrosio á Milán, supo que Eugenio habia salido de allí para marchar contra Teodosio.

Mientras la ausencia del celoso Pastor, quiso el tirano, con las miras de ganar á todos, asistir al santo sacrificio, y presentar su ofrenda: pero el espíritu de Ambrosio permanecia en su Iglesia. Sus dignos Eclesiásticos, no contentos con no recibir los dones teñidos con la sangre de su Soberano, no quisieron ni aun admitir á la oracion al intruso condecorado con sus despojos. Arbogaste y Flaviano se llenaron de furor (2), pero no era este el punto de vengarse, y se contentaron con amenazar y protestar, que en tornando triunfantes, obligarian al Clero que no habia querido orar con Eugenio, á llevar las armas bajo sus banderas, y que convertirian su Basílica en establo.

Teodosio entretanto se acercaba á los montes con su ejército: su mayor zozobra era el paso que ocupaba el Prefecto Flaviano con tropas numerosas de idólatras; pero este comandante fue desde luego forzado, y habiéndose hecho quitar la vida desesperadamente, abandonaron los rebeldes sin resistencia todos los desfiladeros. No obstante, al bajar de las montañas, cuando los oficiales de Teodosio vieron

(1) *Paul. in vit. S. Ambr. cap. 26. n. 28.* (2) *Id. ibid. n. 31.*



nnas llanuras inmensas cubiertas de soldados de Eugenio, cuyo número prodigioso escedia estremadamente á lo que pensaban, propusieron algunos volver á la Iliria para reunir allí mayores fuerzas, y ponerse en estado de combatir con menos desigualdad. Mas el Emperador, mostrando con la mano las cruces pintadas en sus estandartes, dijo: *no quiera Dios que acusemos de debilidad esta señal vencedora del infierno, y la hagamos retroceder vergonzosamente á vista de la imagen de Hércules.*

Empeñóse á estas palabras el combate por las tropas auxiliares de Iberos, Alanos y Godos que tenia en su ejército. Fue muerto el Príncipe de los Iberos, y los Godos no pudieron sostener el valor de Arbogaste, que dejó tendidos mas de diez mil sobre el campo de batalla. Redoblando entonces Teodosio su fe, se postró de rodillas, y dijo en voz alta: „Dios poderoso y justo, bien conoceis lo interior de mi alma: creo haber emprendido esta guerra en vuestro nombre, á quien solo pertenece la alabanza y el honor. Si la vanidad me seduce, fulminad vuestro brazo sobre mí solo, sin permitir que los Gentiles pregunten blasfemando: ¿dónde está vuestro Dios?” Sobrevino oportunamente la noche, y el Emperador pasó la mayor parte en oracion, y al fin se quedó dormido, oprimido con la fatiga y la inquietud. Se le aparecieron en sueños dos hombres vestidos de blanco, que le dijeron ser San Juan Evangelista y el Apóstol San Felipe, y le prometieron la victoria para el día siguiente. No hubiera acaso producido gran-

de efecto esta vision, si un soldado que tuvo otra de la misma naturaleza no la hubiera contado al punto á los oficiales de su tropa, de quienes pasó á oídos del Emperador, y en un momento se divulgó por todo el ejército. Reanimó el valor de todos este conjunto de circunstancias, y Teodosio dió de nuevo la señal de batalla al nacer la aurora; pero su fe tenia que padecer segunda prueba.

100. Así que amaneció, se notó que los enemigos habian apostado un cuerpo considerable de tropas á lo largo de los montes, para cargar á la retaguardia en la fuerza de la batalla. Repetia su oracion con una fe cada vez mas viva, cuando el Conde Arbitrion que mandaba este destacamento numeroso y se habia apoderado de aquel punto por orden de Eugenio, se pasó al partido de Teodosio, á quien de esta manera fortificó considerablemente. Todavía quedaba el usurpador el mas fuerte, y los dos ejércitos avanzaban el uno contra el otro, sin que se observase en parte alguna la disminucion de esperanza ni de valor. Entonces se apeó Teodosio de su caballo, y marchando solo á la cabeza de sus tropas, principió á esclamar: *¿dónde está el Dios de Teodosio?* Esta voz religiosa de guerra inflamó á todos los soldados, que repetian de línea en línea: *¿dónde está el Dios de Teodosio?* Eugenio lejos de temer cosa alguna de esta impetuosidad y de un método tan nuevo, creyó por el contrario que Teodosio no pensaba mas que en morir; y mandó con insolencia que le trajeran encadenado. Levantóse un viento tempestuoso que daba en los ojos



de los rebeldes, cuando se pusieron á tiro de dardo, y cegándolos con torbellinos de polvo, rompía sus líneas y se les caían las armas de las manos; por el contrario, era ventajosísimo para los guerreros fieles, á quienes daba de espaldas y llevaba contra sus enemigos, doblando la fuerza de sus flechas y de sus dardos. Pareció tan maravilloso este incidente, que los mas juiciosos escritores le refieren como un milagro, fundados en una infinidad de testigos de vista; y el poeta Claudiano, no obstante de ser gentil, confiesa que el cielo combatió por Teodosio. Desmayados los enemigos huyeron ó depusieron las armas, pidiendo gracia al Emperador, la que les concedió desde luego; pero ordenándoles por su parte que le entregasen su rival.

101. Eugenio viendo que sus soldados corrían hácia él, preguntó si traían á Teodosio. A su indigno competidor, contestaron, es á quien nosotros queremos tratar como merece; y al propio tiempo se apoderaron de su persona, y arrebatándole las insignias imperiales, le llevaron con las manos atadas á la espalda. Reprendióle Teodosio sobre todo la muerte de Valentiniano y el restablecimiento de la idolatría. Imploraba cobardemente el vencido postrado en tierra, que se le conservase la vida, cuando un soldado irritado le cortó la cabeza. Salvóse Arbogaste en los montes sin ninguna esperanza de perdon, donde pasados dos dias, y viéndose cercano á ser preso, se pasó el cuerpo con su espada. Tuvo revelacion del cumplimiento de la profecía verificada el dia 6 de Setiem-

bre de 394 San Juan de Egipto, que habia vaticinado esta victoria; pues encontrándose en medio de una multitud de solitarios, les dijo, que en el instante en que él hablaba, habian arribado á Alejandría las nuevas de la derrota del tirano; todo lo cual se efectuó con puntualidad.

102. Apresuróse San Ambrosio á escribir al Emperador con el objeto de obtener el perdon de los hijos de Eugenio, y de los principales partidarios que se habian refugiado en las Iglesias. Posteriormente no contento el tierno mediador con la elocuencia muda de una carta, pasó él mismo á hablar al Emperador á la ciudad de Aquileya. Poseido Teodosio de esta gratitud religiosa á vista de unos acontecimientos que atribuía con tanta razon al brazo del Todopoderoso, y á sus virtuosos intercesores, dió el espectáculo de la edificacion mas sensible: al presentarse Ambrosio, nadie podria conocer quien era el que suplicaba, si el Emperador ó el Obispo; porque postrado Teodosio á sus pies, confesaba haber triunfado por su virtud y sus oraciones. No satisfecho con perdonar á los hijos de los conjurados, les dió empleos de importancia, y valiéndose de las circunstancias para educarlos en la Religion Cristiana, les procuró una ventaja aun mas preciosa que la que hubieran adquirido con todos los sucesos prósperos de sus padres. Por último, no hubo mas culpables sacrificados que los que habian muerto en el campo de batalla, ni se vió egecucion alguna despues de la victoria. Movió al Emperador el espíritu de fe y de